

Heberto Padilla

*Fuera del juego
y otros poemas*

Edición de Yannelys Aparicio Molina
y Gustavo Pérez Firmat

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	13
Autorretrato del otro	15
El poeta	39
El traductor	63
ESTA EDICIÓN	69
BIBLIOGRAFÍA	71
FUERA DEL JUEGO (1968)	77
1. FUERA DEL JUEGO	79
En tiempos difíciles	81
El discurso del método	83
Oración para el fin de siglo	85
Los poetas cubanos ya no sueñan	87
Cada vez que regreso de algún viaje	88
El hombre al margen	89
Para aconsejar a una dama	90
Siempre he vivido en Cuba	92
Dicen los viejos bardos	93
Sobre los héroes	94
Mis amigos no deberían exigirme	96
Cayo Piedras	98
Poética	100

Ese hombre	101
A J. L.	102
Homenaje a Huidobro	103
Antonia Eiriz	104
El acto	105
Paisajes	106
La vuelta	107
Los que se alejan siempre son los niños	108
Hábitos	109
En lugar del amor	110
Una muchacha se está muriendo entre mis brazos	111
El único poema	112
La visitante	113
Escrito en América	114
Años después	115
Fuera del juego	117
2. LA SOMBRILLA NUCLEAR	121
La sombrilla nuclear	123
Los alquimistas	130
Cantan los nuevos Césares	131
También los humillados	132
Estado de sitio	133
Una época para hablar	134
Escena	136
3. EL ABEDUL DE HIERRO	137
Yo vi caer un búho	139
Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad	140
Acechanzas	141
El abedul de hierro	142
Bajorrelieve para los condenados	144
4. CANCIONES	145
Canción del joven tambor	147
Canción de la torre Spáskaya	149

Canto de las nodrizas	150
Canción de un lado a otro	152
Para Macha, que cantaba baladas	154
Los enamorados del bosque Izmailovo	155
Los hombres nuevos	158
La teoría y la práctica	159
El hombre que devora los periódicos de nuestros días	160
Arte y oficio	161
La hora	162
Para escribir en el álbum de un tirano	166
Los viejos poetas, los viejos maestros	167
La muerte de los osos de invierno	169
No fue un poeta del porvenir	170
Vámonos, cuervo	172
OTROS POEMAS	173
DE EL JUSTO TIEMPO HUMANO (1962)	175
Dones (I)	177
Exilios	179
Mírala tenderse	180
Puerta de Golpe	182
Hamburgo	183
Llegada del otoño	185
Londres	186
Renata	188
Andaba yo por Grecia	190
Infancia de William Blake	191
Pancarta para 1960	199
Playa Girón	200
Ahora que estás de vuelta	202
El justo tiempo humano	203
DE PROVOCACIONES (1973)	205
Fábula	207
Una pregunta a la escuela de Frankfurt	209

Homenaje	210
Cielos que cambian	212
Pausa	213
A veces me zambullo	214
Postcard to USA	215
A veces	216
DE EL HOMBRE JUNTO AL MAR (1981)	217
Lo mejor es cantar desde ahora	219
Autorretrato del otro	221
La promesa	223
Entre marzo y abril está mi mes más cruel	224
El hombre junto al mar	228
El que regresa a las regiones claras	229
La vida contigo	231
A Belkis, cuando pinta	232
Amándonos	234
Un puente, una casa de piedra	235
El hallazgo	237
Que siempre exista tu cabeza	238
Un restaurante al aire libre en el otoño de Budapest	239
Última primavera en Moscú	241
Por la borda	242
Don Gustavo	244
En los poemas	245
Luis Cernuda	246
El monólogo de Quevedo	248
El regalo	249
DE A FOUNTAIN, A HOUSE OF STONE (1991)	251
Recuerdo de Wallace Stevens en la Florida	253
Entre el gato y la casa	255
Allan Marquand espera a su compañero de tenis en el campo sur	257
Para que te liberes de un viejo pensamiento	258
Noche de invierno	259

Palmer Square	260
El cementerio de Princeton	262
DE POESÍA ROMÁNTICA INGLESA (1979)	263
El tigre	265
Una rosa roja, roja	267
Ella va en su belleza	268
El tejón	269
Elegía escrita en un cementerio de campo	271
A un ruiseñor	276
Primer encuentro con el Homero de Chapman	280
La belle dame sans merci	281
El bandolero	283
La segadora solitaria	286

Cuando Heberto Padilla muere, el 25 de septiembre de 2000, a los sesenta y ocho años, ocupaba un modesto puesto de «instructor» en la Universidad de Auburn, Alabama. Para entonces ya se le conocía sobre todo por el escándalo internacional provocado por su arresto y encarcelamiento en Cuba casi treinta años antes. Hoy, a dos décadas de su muerte, la situación no ha cambiado. Cuando se le recuerda, es por su desafortunado protagonismo político. A Padilla le ha sucedido lo peor que le puede suceder a un poeta: convertirse en un caso. Su fama póstuma depende de sus enfrentamientos con la dictadura castrista y no de lo que debería depender: sus poemas. Sobre el «caso Padilla» mucho se ha escrito; sobre la poesía de Padilla, muy poco. Sin escatimar la importancia que tuvo el «caso», cuyos capítulos detallaremos, al reconstruir la trayectoria vital y literaria del autor de *El justo tiempo humano*, quisiéramos insistir en que, antes que un caso, Padilla fue un poeta, y antes que un poeta, un hombre que padeció prisión, censura, ostracismo y exilio. Y que también, impulsivo y locuaz, contribuyó a su suerte. Pero lo realmente significativo, con todo, es que ese hombre nos dejó algunos de los poemas más hermosos e hirientes que se escribieron en Cuba en el último siglo.

AUTORRETRATO DEL OTRO

Heberto Padilla nació en Puerta de Golpe, un pequeño pueblo en la provincia de Pinar del Río, Cuba, el 20 de enero de 1932, en la finca La Reforma. Su familia carecía

de medios económicos adecuados, por lo que sus padres buscaron acomodo en varias ciudades durante su infancia. Además de Puerta de Golpe, vivió en Consolación del Sur, Artemisa y Pinar del Río. Más adelante, en uno de los poemas de *El justo tiempo humano*, hablaría de las «casas desesperadas mías de mi niñez» (Padilla, 1962, 23). Desde muy joven le interesó el periodismo. Entre 1944 y 1946 dirigió, en Artemisa, donde estudiaba la secundaria, dos revistas literarias de ámbito escolar: *Paladín Colegial* y, durante el bachillerato, *Repórter*, una publicación más ambiciosa, pues albergaba también discusiones políticas (Verdecia, 1992, 29). La precoz actividad literaria tuvo como fruto su primer libro de poemas, *Las rosas audaces* (1948).

Una vez radicado en La Habana, cursó la carrera de Periodismo en la Universidad de La Habana. Desde muy joven se destacó por su poliglótismo. Hablaba francés, inglés e italiano. Más adelante adquirió conocimientos de alemán, ruso y griego. En La Habana comenzó a frecuentar la casa de Enrique Labrador Ruiz, con visitas que en algunas épocas fueron casi diarias. Aquel lugar, con una biblioteca magnífica y una colección envidiable de arte nacional, era frecuentado por numerosos escritores como Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante, Fayad Jamís, José Álvarez Baragaño, Lino Novás Calvo y Carlos Montenegro (Verdecia, 1992, 30).

Tras colaborar en Radio Progreso escribiendo libretos (entre ellos los guiones para una serie titulada, con ironía anticipatoria, «Héroes de la Justicia») y elaborar varios programas de televisión, decidió vivir un tiempo alejado de Cuba. En México, país que visitaba con frecuencia desde los diecisiete años, pasó una temporada entre 1953 y 1954. Pero gran parte del tiempo durante la década de los cincuenta residió en los Estados Unidos, desempeñando diversas ocupaciones (agente de aduanas, locutor de radio, traductor). Vivió en Miami (donde conoció a Juan Ramón Jiménez) y en Washington, D. C., pero sobre todo en Nueva York, donde trabajó como profesor de español en Berlitz,

una conocida escuela de idiomas, y trabajó amistad con Saint-John Perse y Archibald MacLeish, a quien le dedicaría uno de los poemas de *Fuera del juego*.

Al triunfar la insurrección contra la dictadura de Fulgencio Batista, Padilla consigue un puesto como corresponsal en Nueva York de Prensa Latina, la agencia de prensa fundada por el gobierno revolucionario en 1959. Varios meses después regresa a Cuba, donde se incorpora a la redacción del periódico *Revolución*, el órgano del Movimiento 26 de Julio. Junto con otros jóvenes escritores, empieza a colaborar en el suplemento cultural de *Revolución*, *Lunes de Revolución*, dirigido por Guillermo Cabrera Infante. Sus primeras colaboraciones muestran su compromiso con el nuevo modelo social y cultural, así como el jacobinismo literario de ese momento. Baste citar como ejemplo el artículo «La poesía en su lugar», una de sus primeras colaboraciones en *Lunes de Revolución*, donde ataca a los poetas reunidos en torno a la revista *Orígenes* (1944-1956) por «cantos bobalicones» que demuestran una «ceguera total ante el hecho poético» (Padilla, 1959, 5). Reserva sus comentarios más ácidos para José Lezama Lima, constatando su defunción como escritor («Lezama terminó ya») y profetizando que «su nombre quedará en nuestras antologías ilustrando las torpezas de una etapa de transición que acabamos de cancelar en 1959» (Padilla, 1959, 5-6). Es difícil exagerar la arbitrariedad y violencia de la diatriba contra Lezama, un hombre que no estaba en posición de defenderse, diatriba que no omite referencias denigrantes a la homosexualidad del autor de *Paradiso*. Varios años después, en *Fuera del juego*, Padilla habría de dirigirle un poema a Lezama para «advertirle», sin la más mínima ironía, que «la refriega» contra él había comenzado. Parece haber olvidado que él fue uno de los instigadores¹.

¹ El ataque contra la generación de *Orígenes* se inicia en el número inaugural de la revista. Titulado «Un cubano en la poesía» (parodiando el título del libro de 1958 de Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*), la reseña

El último número de *Lunes de Revolución*, dedicado a Pablo Picasso, salió el 6 de noviembre de 1961. Cuando se cierra el magazín —se dijo que por escasez de papel— el grupo de colaboradores empieza a dispersarse. Cabrera Infante va a Bélgica como agregado cultural; Pablo Armando Fernández, el subdirector, hace lo mismo en la embajada de Londres. En 1962, pocos meses después de la publicación de *El justo tiempo humano*, Padilla se traslada a Moscú como corresponsal de *Revolución*, y además colabora en la revista soviética *Novedades de Moscú*. En la Unión Soviética se interesa por la literatura de la Europa Oriental y conoce a grandes figuras de la literatura y el arte rusos como Yevgueni Yevtushenko e Ilyá Ehremburg. No obstante, según Padilla, la estancia en Moscú fue angustiada, pues allí se fortaleció su creciente desencanto con la Revolución al comprobar que las medidas que se estaban tomando en Cuba estaban calcadas del modelo soviético (Verdecia, 1992, 41). Fue entonces cuando empezó a escribir los primeros poemas de *Fuera del juego*.

En 1964 regresa a Cuba y es nombrado director gerente de Cubartimpex, una empresa dedicada al comercio internacional de libros y otros productos culturales. Posteriormente representó al Ministerio de Comercio Extranjero en Praga, lo cual le brindó otra oportunidad de viajar ampliamente por países socialistas y escandinavos. A su regreso a Cuba en 1966, con la mayor parte de *Fuera del juego* en la maleta, ya se había forjado una visión crítica del régimen castrista. Como explicó años después, «Al llegar a Cuba, pues, pude ver cómo habían evolucionado las cosas... Car-

de Enrique Berros le reprocha a Vitier que, siguiendo a Lezama, considere que la poesía constituye «un reino independiente» (Berros, 1959, 2). En «La poesía en su lugar», Padilla añade que Vitier es «el hombre que más ha contribuido a confundir la poesía cubana de los últimos tiempos» (Padilla, 1959, 5). A pesar de la hostilidad de algunos colaboradores de *Lunes*, tanto Vitier como Lezama (este con mucha más frecuencia que aquel) publicaron poemas y otros textos en la revista.

los Franqui ya no era director de *Revolución*, de *Lunes* no quedaba ni sombra, y todo el país era un centro estúpido gobernado por la Seguridad del Estado. Casi el cincuenta por ciento de los escritores eran más policías que escritores. Todo el mundo tenía miedo» (Verdecia, 1992, 61). Ese mismo año se separó de su esposa, Bertha Hernández, con quien había tenido tres hijos, y estableció una relación sentimental con la poeta y pintora Belkis Cuza Malé, quien sería su segunda esposa y la madre de su hijo Ernesto.

* * *

El caso Padilla se refiere concretamente a eventos que transcurrieron en la primavera de 1971, pero sus orígenes se remontan a la década anterior. A fines de 1967 *El Caimán Barbudo*, una revista recién fundada como suplemento del periódico *Juventud Rebelde*, organiza una encuesta sobre la novela de Lisandro Otero, *Pasión de Urbino* (1966), que había tenido un rotundo éxito editorial. A diferencia de los demás encuestados (Oscar Hurtado y Luis Rogelio Noguerras), Padilla no solo desdeña la novela de Otero («pastiche de Carpentier y Durrell... un salto a la banalidad»), sino que destaca los méritos de *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante («una de las novelas más brillantes, más ingeniosas y profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez») (Padilla, 1967, 12). En ese momento, aunque Cabrera Infante todavía no se había pronunciado públicamente contra el gobierno castrista, había abandonado su cargo diplomático y residía en Londres en un exilio, si tácito, no menos evidente. Lo más grave, sin embargo, es que Padilla también arremete contra los «burócratas» del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Unión de Escritores y Artistas (UNEAC), «un cascarón de figurones» (Padilla, 1967, 12).

Ante tales imputaciones, la redacción de *El Caimán Barbudo* no podía mantener silencio. En el mismo número apa-